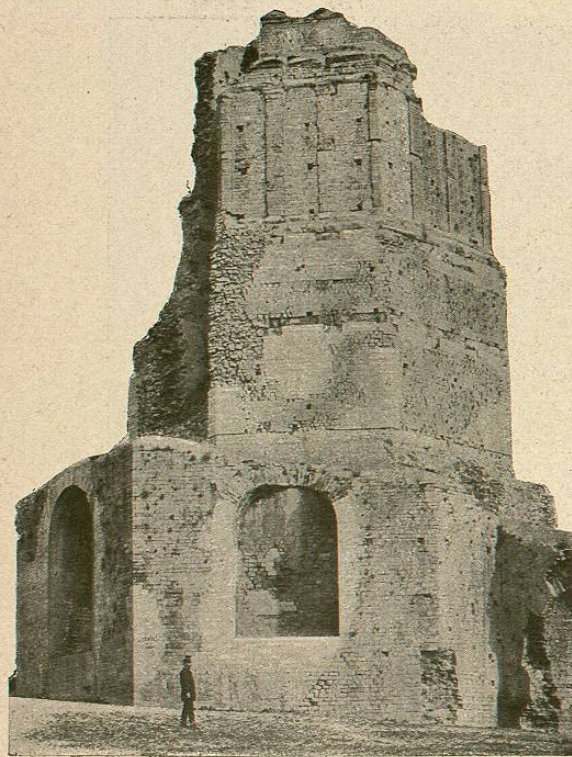


que se la sustrajera á la acción de los poderes locales. Esto le daría un curioso parecido con París, al que ya hemos visto que se asemeja por otros conceptos. Para ocupar en nuestro país el puesto que ocupa hoy la capital de Francia, sólo le faltó quizá á Lyon una última superioridad: la de las letras y las artes, que no tuvo nunca. Sus escuelas no tenían celebridad ninguna y los jóvenes que las frecuentaban se alejaban de ellas para acabar en otra parte sus estudios.

Los acontecimientos de 197, que hirieron en plena prosperidad á Lyon (1), no hubiesen tenido para la ciu-



Torre Alta de Nimes

dad los funestos resultados que se les atribuye si no concurren otras causas á su decadencia. Estas causas, cuya acción se desarrolla durante el siglo III, empiezan á manifestarse al principiarse el IV. Entre la Narbonense en vías de romanización y el resto de Galia sumido aún en la barbarie, la colonia de Planco tuvo una posición sin rival. Pero habían transcurrido años y siglos, la civilización aparecía por doquiera, el centro había cambiado de sitio por razón de las necesidades á que debía atenderse, y al variar se dividió en dos. En el Norte fué Tréveris. En el Mediodía retrocedió hasta Arlés. Esta ciudad y aquélla fueron los dos polos, los dos centros de atracción de la Galia. Entre ambos, Lyon no podía aspirar más que á un puesto secundario. Su gran importancia había desaparecido.

III.—Las tres provincias. Aquitania (2)

La Galia de las tres provincias, que vamos á examinar, ofrece un nuevo aspecto. No se parece á la Galia

(1) Libro IV, capítulo I, párrafo 1.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Hirschfeld, *Aquitaniens in der Römerzeit und die Häuer und Arverner unter römischer Herr-*

romanizada del Sudeste. Conquistada mucho más tarde y más alejada del hogar de la civilización, mostróse más fiel á las tradiciones y costumbres nacionales. La colonización fué nula, pocos italianos se establecieron en su suelo, y por lo mismo la sangre de sus habitantes es puramente gala. Si en ningún punto hubo oposición sistemática contra la cultura romana, si el ascendiente de una civilización superior se dejó sentir también, se advierte, sin embargo, que la acción fué menos extensa, menos energética, menos profunda. Las inscripciones y monumentos aparecen rara vez haciendo excavaciones. Los descubrimientos arqueológicos se realizan en las ciudades. La epigrafía es menos correcta, abundan más los nombres célticos, y las reglas de la onomástica latina se observan menos. Los dioses, á través del ropaje extranjero, dejan adivinar su fisonomía propia. Las obras de arte, menos sometidas al imperio de la mitología clásica, atestiguan que su conocimiento no es general ni familiar.

Aquitania es, de las tres provincias, la que tiene más parecido con la Narbonense. Se le asemeja por lo benigno del clima, por la fertilidad de su suelo, por el esplendor de sus ciudades. Situada más allá de la zona que era presa de las guerras civiles y las invasiones, fué hasta el fin una de las más florecientes comarcas del Imperio. En pleno siglo V, cuando ya el Norte de Galia está en poder de los bárbaros, Salviano reprocha á los aquitanos su molicie y sus riquezas, de que sufre por cierto la atracción. Aquitania se extiende ante sus ojos «floreciente de vides, engalanada de prados, esmaltada de campos, rebosante de frutos, recreada por sus bosques, refrescada por sus aguas, surcada de ríos, cuajada de mieses. Vedla y decid si los habitantes de esa comarca no viven en pleno paraíso (3).»

Es preciso hablar por separado de la vieja Aquitania, de la Aquitania ibérica donde se defendía contra la influencia romana la raza indomable que resistiera victoriosamente la presión de los celtas. Lo que de un modo general caracteriza la epigrafía de esta comarca, es decir, de nuestra Gascuña, es la ausencia casi absoluta de nombres celtas y la abundancia de los iberos, entremezclados con algunos romanos. La proporción varía según los puntos, y así podemos calcular el grado de penetración logrado contra esta raza refractaria. Los valles de los Pirineos casi quedan vírgenes de influencias romanas. Pero se les conocía por la virtud de sus aguas. Estrabón, en el reinado de Tiberio, cita Lonchón (*Aqua Onesiorum*) y proclama la magnificencia de sus termas. Por lo que de ellas queda no parece que exageró. Lonchón no era la más célebre de las estaciones pirenaicas. La afluencia de bañistas en aquellas regiones apartadas extendía el uso del latín y de una vida menos rústica. Una ciudad sin importancia, Saint-Bertrand-de-Comminges (*Lugdunum Convenarum*), poseía un anfiteatro. Pero bajo aquellas apariencias el fondo primitivo subsistía. Allí se conservó la lengua vasca. Allí se halla el onomástico ibero. Los mismos

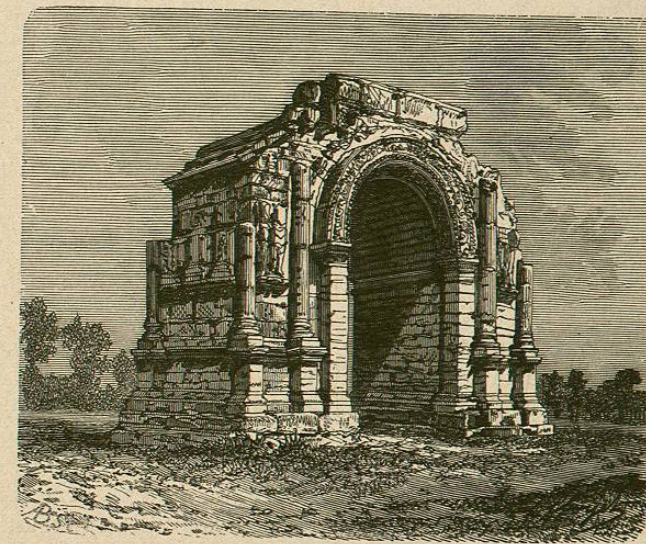
chaft, Sitzungsberichte de la Academia de Berlín, 1896 y 1897. Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, 1887-1890. Monceaux, *Le grand Temple du Puy-de-Dôme*, «Revue historique», 1888. Para las demás monografías, véanse las noticias del *Corpus inscript. latin.*, XIII.

(3) *De gubernatione dei*, VII, 8.

dioses son distintos y rara vez se asemejan á los de Roma. Sus nombres, mal latinizados, suenan de un modo raro en nuestros oídos. Personifican, como los galos, las fuerzas naturales, los ríos, los árboles, las montañas, la tempestad, el viento, pero no pertenecen al panteón céltico.

La llanura aquitanense comprende, al Oeste, las Landas, que no son otra cosa que un montón de arena cubierto de brezos y de pinos. Ninguna aglomeración humana podía formarse en este país desolado. Pero en los confines surgieron las ciudades, Aire (*Atura*), ca-

Burdeos está situado en la intersección de dos grandes vías naturales: la una que une la Francia septentrional con España y la otra el Mediterráneo con el Océano. Está bastante cerca del mar para servir de puerto y lo suficiente lejos para que la anchura del estuario no dificulte las comunicaciones entre ambas orillas. Tan buena situación prometía un brillante porvenir. La ciudad, de origen ibero, como puede colegirse de su nombre *Burdigala*, fué ocupada por la tribu celta de los bitúrigos viviscos y fué muy pronto centro de un considerable tráfico. Los masaliotas llegaron á ella por el valle



Arco de triunfo de Saint-Remy

pital de los aturienses, y Dax (*Aqua Tarbellica*), capital de los tarbelios, reputada, como su nombre indica, por sus aguas termales. Hacia el Noroeste había, en la cuenca del Gers, los centros más importantes, *Elusa* (Eauze), que obtuvo el título de colonia y fué la metrópoli de la Novempopulania; *Elimberrum* ó *Augusta Auscorum* (Auch), que, suplantada un instante por la capital de los elusates, readquirió su primacía durante el siglo VI; *Lactora* (Lectoure), que llama la atención por el culto de Mitra y por su lealtad á la dinastía de los Antoninos y Gordianos. Servía de residencia á un procurador, por lo cual puede considerársela como capital de un distrito económico ó como un dominio imperial enclavado entre las ciudades de la provincia. Coincidió el desarrollo de la vida urbana con los progresos de la romanización. Los nombres iberos, más y más raros á medida que nos alejamos de la montaña, desaparecen del todo más allá de Eauze y Auch.

El valle del Garona no abundaba en grandes ciudades. En el curso medio del río sólo puede citarse Agen (*Agennum*), que era de segundo ó tercer orden. Pero esta comarca era animada, alegre, rebosante de vida y de bullicio, y muy poblada. Lo que le presta carácter es su gran explotación agrícola. En las colinas plantadas de viñedos había numerosas quintas con sus vastas construcciones, sus terrazas escalonadas, sus pórticos y sus estatuas. Por entre un paisaje tan agradable, lo era mucho el viaje á Burdeos (1).

(1) El vasto y suntuoso conjunto de quintas esparcidas alrededor de Martres Tolosanes, al Sur de Tolosa, en el valle superior

del Aude, y en pos de ellos los comerciantes de Narbona. Desde Augusto á Tiberio gran número de bordeleses recibieron el derecho de ciudadanía. Pero á Claudio se debe la importancia de Burdeos, que sirvió para aprovisionar á las tropas que iban á la conquista de Bretaña. Desde mucho tiempo antes los bordeleses habíanse fijado en la gran isla oceánica. Para embarcarse en tal dirección acudían los masaliotas á las márgenes del Gironda. Las expediciones de Plaucio y sus sucesores hicieron más seguras y fructíferas tales relaciones. Así que, desde las primeras páginas de la historia de esta ciudad, vemos mencionado su comercio con Inglaterra, comercio que constituyó su riqueza en la Edad media y que aún hoy día entra por mucho en su prosperidad.

Si Burdeos era ya en los siglos I y II el principal mercado del Sudoeste, distaba bastante de alcanzar todo su desarrollo. Los únicos edificios de aquella época son unas termas, un acueducto y unas fuentes. Eran los que ante todo reclamaba la vida romana y es probable que hubiese otros; pero el período de gran actividad monumental no empieza sino con el siguiente siglo. Entonces se levantó aquel soberbio templo de la Tutela, cuyas columnas, los «Pilares», fueron destruidas por los demolidores del siglo XVII, de un modo tan completo que sólo nos quedan reproducciones más ó menos exactas. La arquitectura de los Severos aparece en

del Garona, pertenece á la Narbonense; pero está situado en los confines de esta provincia y de Aquitania. Véase capítulo II, párrafo 3.

toda su magnificencia, con aquella decoración pesada y aquel lujo de ornamentación que son señal de decadencia. El anfiteatro, mal llamado «palacio de Galiano», era de igual estilo. También sufrió iguales desastres del vandalismo local, y es preciso recurrir á los dibujos y descripciones para formarse una idea de él. Burdeos era entonces una ciudad muy bella, aun cuando menos poblada y extensa que hoy día; pero ya hemos visto que no hay que buscar entre los galos ciudades parecidas á nuestros grandes centros modernos. A juzgar por la superficie y dimensiones del anfiteatro, menor que el de Arlés y el de Nimes, tendría la ciudad unos sesenta mil habitantes. Se extendía, como ahora, por la orilla izquierda del río, pero bastante apartada de éste, que comunicaba por medio de un canal con el puerto. Lo débiles que eran las naves de aquel tiempo hacían preferir las conchas á los puertos.

La historia de Burdeos queda cortada en dos mitades por las invasiones que desolaron la Galia á mediados del siglo III. La ciudad salió hondamente transformada de esta crisis. Hasta entonces se había extendido sin orden ni concierto, como mejor le convenía, en pleno campo. Después, y conforme al plan de defensa que se trazó para toda Galia, quedó encerrada dentro de altas y sombrías murallas, ahogándose durante catorce siglos, hasta que la inteligente iniciativa de Tourny, en tiempos de Luis XV y XVI, le devolvió la libertad perdida. El nuevo Burdeos, encerrado dentro de sus murallas rectangulares, con sus calles estrechas tiradas á cordel, no tan sólo era menos alegre y poblado, sino también menos rico. No es probable que fuera de nuevo un gran emporio comercial; pero su universidad, su amor por las letras, la fama de sus profesores y retóricos le dieron gran lustre (1). Hasta entonces no se habían distinguido los bordeleses por sus trabajos intelectuales. Vivían bien y gastaban cuanto era necesario para sus placeres y más aún para su vanidad. Les gustaba el lujo, lo chillón. Así por lo menos les representa á fines del siglo I un epigrama de Marcial: «Quiero una querida graciosa, de esas que van vestidas con un simple manto... La belleza que busca oro y quiere grandes frases, quédese para los bordeleses rechonchos (2)!» La riqueza hereditaria acabó, sin embargo, por afinarlos. Su actividad, que cambió de fin, empleóse por entero en el cultivo de las bellas letras, que desde entonces florecieron en las márgenes del Gironda.

Cuando en el siglo IV se abandonaba Burdeos para dirigirse al país que está á orillas del Loira, se empezaba por remontar la Gironda hasta *Blavia* (Blaye). Allí se tomaba una de las vías más frecuentadas en aquella época, cuya animación ha descrito Ausonio. Por tal camino se operaban todos los transportes entre el Norte y el Sur de la Europa occidental. La primera etapa era *Saintes*, *Mediolanum Santonum*, capital de la gran nación de los santones. En la Galia independiente tuvieron mucha mayor importancia que los bitúrigos viviscos. Se comprende que la atención del vencedor se fijara en aquéllos. Al principio de la conquista, *Saintes* aparece como la ciudad más importante del Oeste. Es probable que Augusto tuviera grandes proyectos acerca

(1) Capítulo II, párrafos 1 y 2.
(2) IX, 32.

de ella. Pensaba convertirla en capital de la Aquitania y hacer de ella un foco de romanización, como Lyon para las tres Galias. Hallaba un poderoso auxiliar en la aristocracia del país, una de las que con mayor empeño se lanzó á la conquista de las carreras diversas que abría el nuevo régimen. Desde los primeros años vemos á los nobles santones figurar con distintos grados ecuestres en las filas del ejército del Rhin, y una vez vueltos á su patria servir con gran celo en los empleos municipales. Roma no tuvo servidores más fieles, partidarios más devotos y convencidos. El nombre de Julio, que llevaban casi todos, prueba que tenían su derecho de ciudadanía de los príncipes de la raza de los Julios. Muchos podían vanagloriarse de deber tal privilegio, por medio de sus ascendientes, á César mismo. Nada tan instructivo como sus inscripciones. Demuestran cómo se efectuó la transición entre el galo y el ciudadano, por qué gradación se convirtió aquél en perfecto romano. En otra parte hemos citado el ejemplo de Julio Rufo, bisnieto de Eposteravido (3). El fué quien en 21 levantó á Tiberio, Germánico y Druso un arco de triunfo, que, aun cuando cambiado de sitio piedra por piedra, existe en la entrada de la ciudad. El anfiteatro, quizá el mayor de la Galia, pertenece á la misma época. Aquel esplendor no duró. La situación de Burdeos era demasiado buena para que, tarde ó temprano, no dominara. Pero aun cuando eclipsada por su vecina, *Saintes* pudo consolarse. Su comercio en el cruce de los caminos de Burdeos, Poitiers y Perigueux debía ser importante, como era su industria floreciente. Sus fabricantes de telas competían con los de Arrás y Langres. Tenía, en fin, su territorio, cuya fertilidad despertara la codicia de los helvecios. Las ciudades de las márgenes del Charente, en las colinas del Anjoumois, eran tan numerosas y sonrientes como las del Garona.

El historiador Amiano Marcelino, enumerando, sin duda por orden de primacía, las principales ciudades de Aquitania, no cita *Saintes*. Menciona primero Burdeos y después Clermont, que ya no llama *Augustonemetum*, sino *Arverni*, esperando que tome el nombre de *Clarus Mons*. Los arvernios habían quedado muy reducidos desde que tuvieron que renunciar al imperio sobre sus vecinos. Su capital era, sin embargo, una de las mayores de la Galia y digna de figurar en primera fila, tanto por su importancia presente cuanto por el brillo de su pasado. Abandonaron el ópido en que estuvo á punto de naufragar la fortuna de César. No era que Gergovia se despoblara de repente, pues las monedas atestiguan lo contrario; pero la capitalidad no estaba ya allí. Había bajado á la cuenca semicircular que forman los Puys, sobre un montículo que permite abrazar toda la extensión de la Limagne. Es la parte más rica de Auvernia, más renombrada aún en la antigüedad. El gran obispo de Clermont, Sidonio Apolinario, describe con amor «este mar de mieses cuyas olas murmurantes ondulan á lo lejos, olas pacíficas que no engendran tempestades ni producen naufragios; este hermoso país agradable para los viajeros, fértil para el trabajo, abundante en caza; el cinturón de montañas de pastos en la cima, de viñedos en las faldas, en que las quintas se levantan á sus pies y los castillos se yerguen sobre sus

(3) Libro III, capítulo III, párrafo 2.

peñascos; estos bosques de desconocidas profundidades que atraviesan los murmuradores torrentes y limitan los grandes ríos (1).» No todo el país tenía tan delicioso aspecto. Las costumbres gálicas persistieron durante mucho tiempo, en toda su rudeza, bajo un clima más áspero, en tierra más avara. Los habitantes continuaron habitando en cabañas de piedra, en el fondo de grandes oquedades naturales abiertas en el flanco de las montañas. Pero en el valle del Allier la prosperidad era grande.

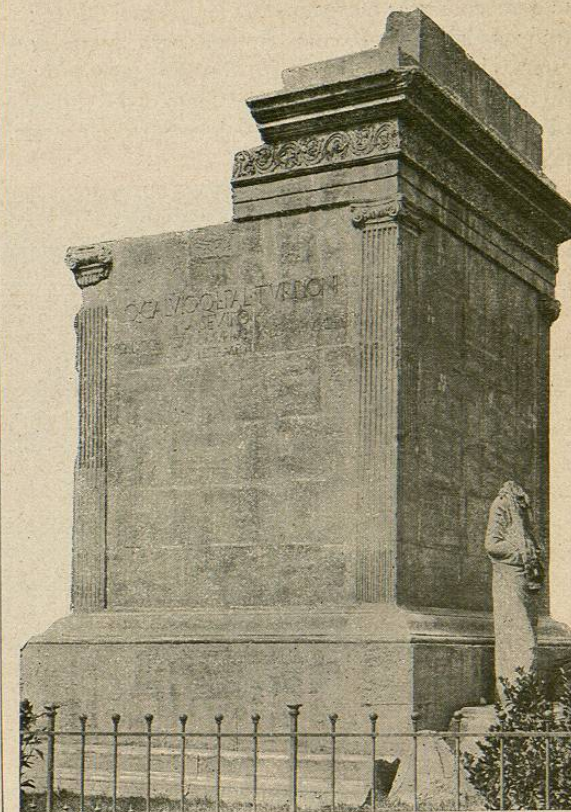
Dependía no tan sólo de la producción agrícola, sino de una industria que bien pronto fué célebre. De los talleres de Lezoux, Thiers y otros puntos salían estatuillas, vasos, moldes, que se vendían hasta en Bretaña y en las orillas del Rhin. Otro manantial de ingresos eran las aguas termales, en que tanto abunda el centro de Francia. Ni aun en los Pirineos fué esa industria tan activa. Por todas partes, en Vichy, en Royat, en Mont-Doré, en la Bourboule, las termas romanas precedieron á los casinos modernos. Hasta la atracción de la vida intelectual existía en Arvernia. Los estudiantes acudían á las escuelas de Clermont y de Issoire. Hemos nombrado á Sidonio, nacido en Lyon, pero adoptado por Auvernia, que con justo motivo puede gloriarse de tenerlo por hijo. Cincuenta años habían transcurrido desde su muerte cuando fué elevado en su propio palacio episcopal Gregorio, futuro obispo de Tours, último representante de la tradición clásica en el seno de la Galia bárbara.

No en vano el primer nombre de Clermont combinaba con el de Augusto la palabra celta *nemetum*, que significa templo. La capital de los arvernios debía gran parte de su fama al culto de que era centro. Desde muy antiguo su dios nacional, equiparado por los romanos á Mercurio, tuvo allí su domicilio predilecto. La conquista no le arrebató su prestigio. Después de la derrota se levantó un santuario en la montaña que domina la ciudad y quizá ninguna divinidad griega ni romana fué tratada con tal magnificencia. Los trabajos que en 1875 se ejecutaron en la cumbre del Puy-de-Dôme descubrieron los restos del edificio. Se conocía desde mucho tiempo antes; pero hoy día podría intentarse su descripción completa. Por los detalles de su construcción, por su técnica, recuerda los mejores monumentos del siglo de Augusto. Por la originalidad de su plano y por la amplitud de sus proporciones parece único. En la misma cima de la montaña, en ancha plataforma circular, se levantaba la estatua gigantesca del dios, de bronce toda, hecha por Zenodoro el griego, uno de los mejores artistas de aquel tiempo. Según Plinio, costó diez años de trabajo y cuarenta millones de sextercios—diez millones de pesetas—y ningún coloso antiguo podía compararsele en proporciones. Más abajo se desarrollaba el triple recinto del templo con sus dependencias. Se llegaba á él por una serie de gradas y terrazas que avaloraban la grandeza del conjunto. Los fragmentos de piedra y mármol que han hecho aparecer las excavaciones hablan de su lujo. La masa de ofrendas y exvotos atestiguan la afluencia de peregrinos. El santuario del Mercurio Arverno se había convertido para los galo-romanos en lo que significaba el de Apolo Delfico para los griegos. Los tesoros acumulados den-

(1) *Epistolae*, IV, 21.

tro de sus muros, como dentro de los de Delfos, fueron punto de mira de los invasores bárbaros. Gregorio de Tours nos dice de qué manera fué saqueado y destruído por una horda de alamanos. Fué uno de los mayores desastres que en aquella época castigaron á nuestro país.

En el límite Sur y Sudoeste de la meseta central, los

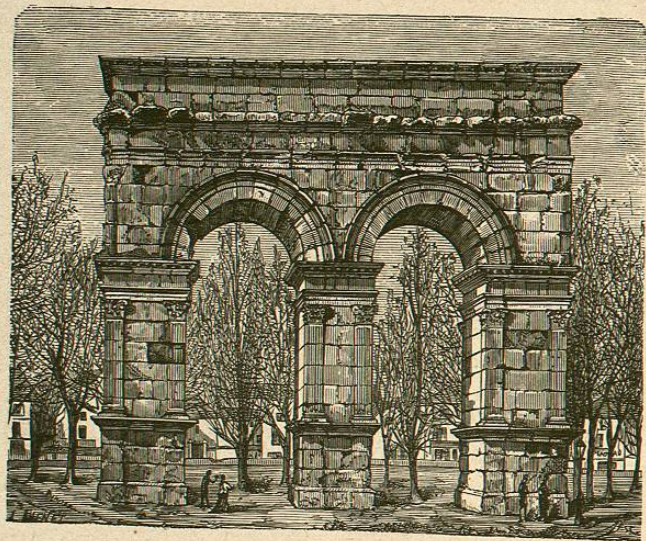


Monumento sepulcral en Lyon

antiguos clientes de los arvernios, vélavos, gabalos, cadurcos, rutenos, formaban como una zona de satélites que giraban en su órbita, aun cuando ya independientes. Los vélavos tuvieron primeramente por centro la ciudad de *Anicium* (Le Puy), que á fines del siglo I tenía derecho de colonia. Allí se han encontrado una porción de fragmentos y las ruinas de un templo que fué, sin duda, el más importante de la región. *Anicium* fué suplantado por *Ruessium*, hoy aldea de Saint-Paulien en la cuenca alta del Borne, en el siglo III. En el IV la capital volvió á su antiguo predominio. Rodez (*Segodunum*) y Cahors (*Divona*) continuaron siendo las principales ciudades de los rutenos y cadurcos; pero ni los vélavos ni los gabalos no conservaron su antigua capitalidad. En los primeros siglos de la Edad media la vemos en Meude, en una meseta alta de más de setecientos metros. Antes había estado en peor sitio aún, en una altura superior, en el lugar que hoy ocupa Javols, nombre en el cual se advierte la contracción de la palabra *Gabali*, que había reemplazado, siguiendo la ley general, á la denominación antigua de *Anderitum*. Contra lo que ocurre en *Ruessium*, *Anderitum* ha conservado numerosos vestigios de la dominación romana. Su perímetro parece que fué bastante extenso.

Estas cuatro ciudades corresponden al Velay, al Gé-

vaudan, al Rouergue, al Quercy, es decir, á los departamentos del Haute-Loire, del Lozère, del Aveyrón, del Lot, que figuran, los tres últimos sobre todo, entre los menos poblados y ricos de Francia. Es probable que lo mismo les ocurría en la antigüedad. Lo que induce á creerlo, amén de las condiciones geográficas que no cambian, es la ausencia casi completa de descubrimientos epigráficos. De todos modos, no hay que imaginar que estas comarcas escaparan á la ley general que transformó las Galias. Aquí, como en todas partes, la nobleza se sometió á los vencedores. Un descendiente de Lucraterio aparece como sacerdote del templo de Roma y de Augusto en Lyon. Su estatua se levantaba en Cahors,



Arco de Triunfo en Saintes

allí donde su ascendiente dirigió los últimos esfuerzos de los campeones de la independencia. En la aldea de Lanuejols (Lozère) existe un sepulcro que por su elegancia y proporciones recuerda los mejores de Trión. No denuncia en el que lo encargó costumbres puramente romanas. Nada probaría por sí mismo, sino la riqueza del que lo hizo construir; pero en la comarca hay muchos parecidos. Las ciudades nombradas no carecían de recursos. Cahors tenía industria de velas para buques y de ropa para camas. Gabalos y rutenos tenían sus minas de plata. Los velavos sus minas de hierro que aún tienen importancia. Las ovejas que no han desertado las *Causse*s producían un queso renombrado.

Los petragóricos imitaron el ejemplo de otros pueblos galos. Abandonaron su ópido, en la cima de Ecorneboeuf en la margen izquierda del Isle, para obtener mejor emplazamiento en la orilla derecha para la ciudad galo-romana de *Vesuna*. Ocupaba en el sitio de Perigueux una superficie equivalente á la ciudad moderna. Las inscripciones mencionan sus termas, sus templos, sus dos basílicas. Las ruinas de su anfiteatro permanecieron mucho tiempo en pie. A fines del siglo III, á consecuencia de los generales terrores, tuvo que estrecharse entre murallas y quedó reducida al barrio que ha conservado el nombre de Cité, como tantos otros de ciudades galo-romanas. Se acurrucó á la sombra de poderosas murallas que aún subsisten en parte, convertidas en ruinas. Allí estaba el anfiteatro, aumentando la fuerza defensiva de la ciudad con su mole. Como en

Burdeos, los restos de la ciudad antigua no están circunscritos á tales límites. Fuera de ellos es donde aparece esa enorme torre cuarteada y medio derruida, en la que se ha creído reconocer la *cella* de algún templo desaparecido.

Los petragóricos tenían por vecinos á los lemovios, cuya capital *Augustoritum* (Limoges), que es hoy más importante que Perigueux, no parece haber disfrutado de igual superioridad en lo antiguo. Es muy pobre en monumentos y ruinas y no merece especial estudio. Una ciudad mucho más importante, la mayor del Oeste, era la de los pictones. Poitiers (*Limonium*), que sigue en la enumeración de Amiano Marcelino á Clermont,

aparece como la cuarta de las ciudades de Aquitania. Poco resta de sus edificios. Su anfiteatro ha sido destruido hace cuarenta años más completamente que el de Perigueux.

Debe mentarse aquí el problema que planteó el descubrimiento de las ruinas de Sauxay, á poca distancia de Poitiers. De todas las hipótesis emitidas es la más verosímil la siguiente: Sauxay, *Sauciacum* según se lee en un documento del siglo X, no era, como se ha dicho, un lugar de reuniones periódicas, políticas ó religiosas. Era una ciudad como cualquiera otra, que las excavaciones han hecho resurgir del suelo y arrancado del olvido. Las habitaciones privadas, de construcción ligera, no han dejado vestigios. Sólo quedan edificios públicos, un templo, termas, un teatro cuya existencia asombra, pero que no hace sino confirmar la teoría del gran desarrollo que la existencia civilizada había adquirido hasta fuera de los grandes centros, en una localidad ignorada como ésta.

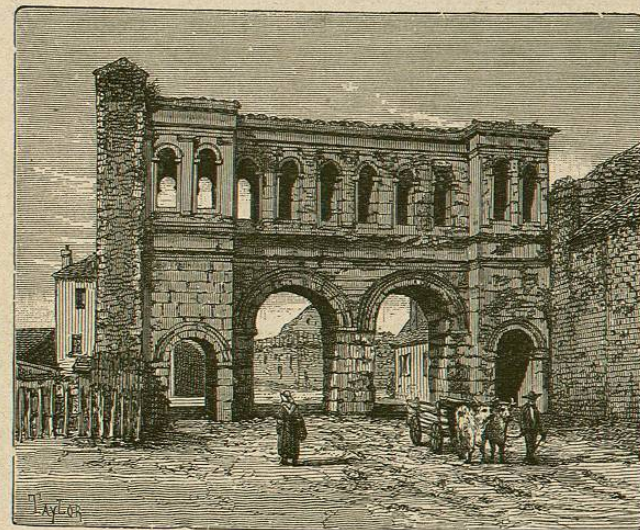
Con los bitúrigos cubios llegamos á los confines de Aquitania. Su capital *Avaricum* (Bourges) pasó en tiempo de César por la mejor ciudad de la Galia. Aun cuando decaída, se mantenía en situación honrosa. Situada entre las dos diagonales que cortan Francia de Nordeste á Sudoeste y de Noroeste á Sudeste, su posición le daba las ventajas que nuestra red ferroviaria ha dado á Vierzón. Los bitúrigos tenían además los recursos de su suelo y subsuelo. Su industria textil era muy reputada. Sus minas de hierro competían con las de los pe-

trágicos, y ya es sabido que aun hoy día constituyen una de las riquezas del departamento del Cher. No se limitaban á la extracción de mineral. Desde el tiempo de la independencia sabían trabajarlos. Tomaron de los eduos una gran perfección en el arte de estañar. Todo el país parecía un gran taller metalúrgico. Hoy humean allí las altas chimeneas de Bourges, de Vierzón, de Decize, de Fourchambault, del Creusot.

IV.—La Lyonense (1)

La Lyonense era una larga tira de terreno, cortada entre el Loira y el Sena, desde las costas de la Armó-

tinta y de diverso aspecto. El valle del Saona es como una prolongación del que forma el Ródano. Alegre, feraz, rico en viñedos desde aquella época, tenía por ciudades principales, como ahora, Macón (*Matisco*) y Chalón (*Cabillonum*), la primera más comerciante y resintiéndose la otra de la vecindad de Germania, con sus epitaños de soldados y de veteranos. En Chalón el camino se bifurcaba y un ramal iba á Langres ó Besançon y el otro á Autún. Dijón (*Divio*) aún no era sino una aldea insignificante de la ciudad de los lingones y la gran carretera que comunicaba la Galia del Sudeste con la del Noroeste pasaba bastante más al Sur. Esta era una ventaja que bien se debía á los fieles



Puerta Lingonensis, hoy de San Andrés, en Autún

rica hasta las márgenes del Saona y cuyo trazado no se comprende sino teniendo en cuenta que las tres Provincias habían de tener una misma capital. De unos contornos menos regulares que los de Aquitania, difería de ella en muchos otros aspectos. Las ciudades, más separadas unas de otras y menos suntuosas por regla general, dejan adivinar un género de vida menos brillante y más en armonía con las antiguas costumbres gálicas.

A pocos kilómetros de Lyon empezaba el país de los eduos. Comprendía dos regiones de orientación dis-

aliados de Roma y á su nueva capital situada á medio camino entre el Yonne y el Saona.

Cuando se han salvado las alturas que separan el Dheune del Arroux, se distinguen en el horizonte las líneas del Morván, la «montaña negra» de los galos. Extiende por cuatro de nuestros departamentos sus estribaciones cubiertas de castaños, hayas y encinas, cortadas por torrenteras y estanques y arroyos que corren encajonados. La selva es aún hoy día muy grande y muy espesa. Formaba entonces una red inextricable cuyos extremos, enlazándose con los bosques de los Ardenas y de la meseta central, completaban la barrera interpuesta entre la cuenca del Ródano y las del Loira y Sena. Los habitantes de esta comarca fueron los últimos que abandonaron el paganismo. Los monumentos consagrados á sus dioses tienen un carácter celta muy pronunciado.

En el umbral de este país, de aspecto severo y melancólico, se levantó, como muestra de los favores reservados á los fieles aliados de Roma, la ciudad de Autún, la «ciudadela de Augusto», *Augustodunum*. En 5 ó 6 antes de J. C. desaparecen las monedas de Bibracto. En tal época fué cuando se abandonó el antiguo ópido. Autún no se parecía á las ciudades abiertas de Aquitania. En el inmenso campamento atrincherado cuyos reductos se escalonaban desde el Mediterráneo al Rhin, la capital edua tenía ya prefijado su cometido por su situación geográfica. Daba frente á la Céltica, como Besançon lo daba á Bélgica y Germania. Forma-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Hirschfeld, *Die Häuer und Arverner*. Véase párrafo 3. Harold de Fontenay, *Autun et ses monuments*, con una guía histórica por Anatolio de Charmasse, 1889. Jollois, *Memoire sur les antiquités gallo-romaines de Paris*, Academia de Inscripciones, Memorias presentadas por diversos sabios, 2.ª serie, Antigüedades de Francia, tomo I, 1843. Lenoir, *Statistique monumentale de Paris*, 1867. *Paris à travers les ages*, Lutèce, 1882. Mowat, *Remarques sur les inscriptions antiques de Paris*, «Bulletin epigraphique», 1881-1883. Quicherat, *Melanges d'archeologie et d'histoire, Antiquités celtiques, romaines et gallo-romaines*, páginas 440 y siguientes, 1885. *Bulletin de la Société de l'histoire de Paris*, desde 1874. *Bulletin de la Société des amis des monuments parisiens*, desde 1885. *Histoire generale de Paris. Topographie historique du vieux Paris*, desde 1866. Cochet, *La Normandie souterraine*, 2.ª edición, 1855. *La Seine-Inférieure historique et archeologique*, 2.ª edición, 1866. *Repertoire archeologique du département de la Seine Inférieure*, 1871. De la Borderie, *Histoire de Bretagne*, I, 1896. Maitre, *Geographie historique et descriptive de la Loire-Inférieure. Les villes disparues des Namnètes*, 1893. Para las demás monografías véanse las Noticias del *Corpus*, XIII.